

Cuentos Griegos

Fran Estévez



Capítulo 1

Cuento Alfa (α):

Un paisaje.

Un hombre aparece en escena y mira hacia abajo, pues hay una grieta en el suelo.

De esa grieta aparece otro hombre que sube por una escalera.

Hombre 1:

¿De dónde vienes?

Hombre 2:

Del centro de la tierra.

Hombre 1:

¿Y qué hay allá abajo?

Hombre 2:

Fuego, y nada más.

Hombre 1:

¿Puedo echar un vistazo?

Hombre 2:

Claro.

Hombre 1 baja por la escalera.

Al poco rato sube, y se nos muestra totalmente tostado.

Se coloca al lado de Hombre 2, y ambos miran hacia abajo.

Hombre 1:

Pues es verdad.

Fin.

...

Cuento Beta (β):

El gnomo narraba el cuento con tal entusiasmo, que el niño campesino no podía dejar de atender a lo que decía.

Al principio no creía ni una palabra de la fantástica historia que el duende contaba, pero cuatro horas más tarde de ininterrumpido relato, el niño campesino acabó por creerse hasta la más irreal de las descripciones.

Ya no se trataba de un enano loco, sino de un auténtico gnomo como los de los dibujos. Y ya no se trataba de historias empapadas en ginebra, sino de verídicos sucesos de príncipes aventureros y castillos encantados.

Cuando el gnomo estaba en la mejor parte de todas, la parte en la que el dragón lanzaba fuego contra el escudo del gerrero de las mil cicatrices; justo en ese momento, el gnomo deja de hablar.

El niño campesino le ruega que continúe, que no se detenga en el momento más interesante y concluyente.

Pero el gnomo le dice, le pregunta, que si se ha creído todo lo que le ha estado contando.

No sabe qué decir; no sabe de hecho a qué se refiere exactamente, pero el gnomo, que ahora es un enano sonriente, le ata una cuerda al cuello y le susurra al oído.

Enano que no gnomo:

Tonto tú.

Fin.

...

Cuento Gamma (γ):

Una lluvia muy fuerte, sin duda, pero la mujer sale igualmente al exterior.

¡Que no lo haga!, es lo que los demás le gritan.

Las gotas de lluvia son gordas como si de gotas en gafas se tratasen.

La mujer, en medio del patio, gira como una peonza con la cabeza echada hacia atrás y la vista perdida en sus párpados cerrados y arqueados convexamente.

Hinchada de felicidad, la mujer abraza los billetes que caen del cielo.

Hace un sol espléndido.

Mujer:

¡¡Es un milagro!! ¡Soy rica! ¡Ricaaa! ¡¡Aleluya!!

La mujer tose.

Mujer:

¡¡Es un milagro!! ¡Soy rica! ¡Ricaaa! ¡¡Aleluya!!

Tose cada vez con más fuerza.

Mujer:

¡¡Es un milagro!! ¡Soy rica! ¡Ricaaa! ¡¡Aleluya!!

La tos tiene ya muy mala pinta...

Fin.

...

Cuento Delta (δ):

Persona:

¿Cómo podría viajar a otra ciudad instantáneamente?

Estaba claro, sólo colocando personas elásticas, tan largas como la distancia entre las ciudades. Y si la distancia era demasiado larga, bastaba con unir a dos o más personas.

Así, un entramado de personas, tiesas, y estiradas como troncos, unieron las ciudades más importantes. Entonces era muy sencillo pasar de una ciudad a otra sin perder tiempo, caminando sobre estos puentes humanos.

Las personas elásticas formaban un mapa mundi invadido de arañazos, y cada rasguño suponía un derroche de utilidad para el gentío, sediento de movimiento para saciar su hambre de experiencias banales (por individuales). No había razón plausible para la mayoría de viajes, pero era

fácil y todos lo hacían. Tan sólo los camiones transportadores de personas elásticas tenían un provecho colectivo.

Llegó el momento en que las personas elásticas se agrietaron y se derrumbaron.

Ahora nadie viaja y de nuevo es momento de hacer estiramientos hasta unir ciudades, entre pies y manos, con las personas elásticas todavía existentes.

Persona elástica:

Estoy muy cansado. Pero los demás me admiran. ...

... ¿No?

Fin.

...

Cuento Épsilon (ϵ):

Algo altera mis sueños. Con lo a gusto que estaba descansando en lo alto de este montículo de bloques de paja...

Voz:

¡Está allá arriba!

Alguien sube. No escapo, prefiero esperar y ver de quién se trata.

¡Es Groucho Marx! ¡¡Y lleva un arma!!

Salto abajo y echo a correr.

Está cojeando. Perfecto, así será más fácil apuntar.

Le disparo con tanta rabia que no me doy cuenta de lo que está sucediendo en realidad. Me estoy disparando a mí mismo.

Me duele muchísimo la pierna. El dolor me llega a los pulmones y no me deja respirar.

¡Pero deja de dispararme! ¿Es que no sabes quién soy? Ojalá me mates para que sufras por tu ignorancia.

(Pero sigue corriendo).

¡Toma! ¡Toma! ¡Bang!

Le he dado. Me acerco al cuerpo tirado en el suelo, le apunto a la cara y pienso...

Pienso:

Yo soy tú.

(Pero sigue disparando).

Fin.

...

Cuento Dseta (ζ):

Hacía mucho tiempo que no se veían el uno y el otro.

Así que devolverle el uno esa cosa que le tenía a el otro, no era más que

besándola hasta que sus babas la desgastaron y casi no se apreciaba nada; tan sólo un gesto deformado y poco sensual.

Comprobó que en sus manos no tenía una foto sino un taco de ellas. Tiró la desgastada al suelo y siguió besando la que venía a continuación, aunque ya no mostraba una expresión tan erótica como la primera.

A medida que desgastaba y pasaba las fotos, la faz de la mujer se veía cada vez más asustada, y en las últimas fotos aparecía gritando de miedo. Esto crispaba al señor X, y por eso apretaba el taco de fotos con más fuerza.

X:

(¡Pon la cara de antes!) ¿Por qué lloras? Sonríe un poco, mujer...

Fin.

...

Cuento Zeta (θ):

Ya se está empezando a agobiar.

Lleva mucho tiempo esperando a que el evento (el que sea) termine de una vez. Pero no termina y, cómo no, sucede a cámara lenta.

Una excusa y sale de la habitación. Camina por los pasillos buscando una salida. Le pregunta a una persona, pero no le responde; quizás no le haya entendido...

Sigue buscando, baja escaleras y cruza pasillos. Atraviesa muchas puertas, pero no se topa con ninguna ventana que le permita respirar. Vuelve a preguntar a otras personas, pero están todos muy ocupados hablando entre ellos.

Por fin desciende unas escaleras que parecen llevarle a la calle. Lo intuye por la tenue luz del fondo. Cuando gira la última esquina, se encuentra con una blanca pared que se come los últimos escalones.

¿No hay salida? Se pregunta. Y pregunta:

¿No hay salida?

Pero nadie le responde, ni le miran.

Dos funcionarios escriben en sendas pantallas. Acerca su dedo hasta una de sus caras, poco a poco. No se inmutan, pero parece que vayan a reaccionar violentamente, así que aleja de nuevo la mano.

Sus compañeros de evento, simples conocidos (que ahora habría estrujado en abrazos), ya no están en el edificio.

Cansado de correr, se sienta en una silla, suspirando para que nadie le despoje de su asiento. Ahí, de pronto, se siente cómodo; ya no es aquel marginado e ignorante que no encuentra la salida.

Ahora es uno más, así que, disimuladamente, posa sus manos sobre el teclado y tac que te tac tac tac...

Fin.